

Alberto Wagner de Reyna

Alborada



MAIRA, Flora, como el amanecer invade la amplitud del mundo y la estrechez del alma. Una caricia de mano invisible aclara la negrura de la noche —con ella se van también las pequeñas sonrisas luminosas de los astros. ¿Has reparado en esto? Así es el corazón: sólo en la pena se vislumbran las sutiles alegrías, su magia, sus constelaciones. Cuando nace el sol, que cubre todo de dicha, no resta sino la uniforme e infinita carcajada.

¿Te acuerdas de los libros de la remota niñez? En sus páginas de cartón se representa a Helios con fogosa melena, rubicundo y esférico, riendo a cataratas. Todo parece dorado: las rejas, las plantas, el agua. El mundo brilla y reverbera. Siempre tuve miedo de ese cuadro: puede dar insolación a la nostalgia.

¿Sabes aún un cuento de hadas? Ellas vienen de noche, cuando la luz murmura y las estrellas parecen contar secretos, tenues como las vestiduras de las hadas buenas. Únicamente de noche —en la pequeña alcoba de horizontes infinitos— vienen ellas, y su voz es el eco de nuestro propio mensaje.

En la penumbra, Flora, juegan las luciérnagas, por el dolor transitan las felicidades abejas (cuyo zumbido destila miel), sólo de noche hay estrellas.

Ahora es de día: ¿ves el sol? Aún no te ofende la pupila. Las constelaciones son recuerdos, recuerdos como chispas en la embriaguez del esplendor.

Ahora es de día. Ya no hay lágrimas, llegó el tiempo de reír. Se acabaron las gotas: mira, allí se abre la mano del mar, abundoso en algas.

—El mar —dijo Flora—. ¿Por qué piensas en las amargas frente a la inmensidad? ¿Qué es un trago de hiel comparado con el océano? ¿No puedes lavar las voces plomizas del pasado, ahogar en su seno el licor que injuria las vísceras?

—¿No sabes que en el mar vive el genio de la contradicción? Beber su espuma es avivar la sed. ¿Para borrar una mancha de la memoria quieres envolverla en un manto de sal?

No, Flora, es día de reír; pero de reír nuevo, que no transforma lo viejo, sino que construye a su lado un palacete de galas. A través del hoy no se verá el ayer. El dolor, en cambio, no se convierte nunca en verdadero pasado, vive junto con lo presente, como su sombra, su espía, su venganza.

Antonio guardó un instante de silencio. Prosiguió:

—Como una huella que se pierde, pero que está allí, como un grito sepultado en un abismo, como una nube, pero sin manchas de luz. Estrellas sólo hay de noche, y no en los jirones de oscuridad que guarda el día en los valles profundos.

Flora preguntó suavemente:

—Por qué aborreces tanto lo que con generosidad te da la Providencia. Sales de un lago tenebroso —tu enfermedad— ¿y no aprecias la salud, la vida nueva que tras el cautiverio te sonrío?

—Un lago en que juegan peces de colores, de ojos luminosos y escamas transparentes.

—Tienes nostalgia del dolor; las pequeñas dichas en él no lo compensan, lo disfrazan, y a veces lo tornan más duro y amargo. ¿Por qué piensas en las estrellas cuando brilla el sol?

—No lo puedo mirar; ellas, en cambio, me señalan la ruta por el reino de lo desconocido.

Flora, levantando los ojos al cielo, dijo:

—Las plantas crecen, la savia sube por los tallos y enciende los faroles de los pétalos. La hierba reviste los campos y las espigas huelen a pan. Los árboles: ¿no son ellos las inteligencias protectoras que median entre cielo y tierra? Grandes, fuertes, nobles. El rocío huye de la pradera, queda la fragancia. El orbe es una canción: ¡las aves (arpas de flores), el viento, las olas!

—¿Qué he de hacer si no hay música en el alma?

—Abrirla al mundo.

—Entrarán mentiras, anidarán culebras en sus grietas.

—¿Quieres acaso que sea eterna noche? ¿Que nunca nazca una alborada? ¿Siempre en pesadumbre recoger las raras cerezas del consuelo? No hay noche eterna en este mundo.

—Tampoco el día es perdurable.

—¿Temes que vuelva el atardecer como corolario remoto de la aurora? ¿Temes la dicha porque tras ella viene nuevamente la angustia?

—Por el contrario —respondió Antonio—, eso es lo único que me reconcilia con el sol.

Flora se puso en pie y lo miró con ansiedad:

—¿Deseas que vuelvan de nuevo: la agonía constante, el cuarto blanco, el muro infranqueable, la imagen de la muerte pintada en las ventanas de tu alcoba?

Ambos callaron. Era de día. El mar echaba al aire monedas de espuma y con estrépito destrozaba sus palabras en las rocas. Después venían las dunas y la pradera mansa y sonriente (mil pequeños navegantes comerciaban con sus flores). Al fondo, sobre las montañas pardas —arrugadas por la edad—, esparcía el Rey sus dádivas de incendio.

De rodillas sobre un montículo de heno, admiraba Flora la tragedia de la dispersión de las ondas; su pelo bailaba como una esperanza en el viento. No era propiamente bonita, pero en el resplandor de sus ojos había un capricho que convence, y en la línea de sus labios se insinuaba un madrigal hecho de gracia. Tendido en el suelo,

la cabeza entre las manos, recibía Antonio —con espanto— el donativo de una nueva jornada.

Ella quiso que conociera la dulzura del alba, puerta argentina que da paso al Infante y que une —como una nota musical— dos mundos enemigos. En Antonio también apuntaba el día, pero sin amor, era una necesidad cósmica: la Tierra da vueltas, las almas cambian y la vida muestra sus diversas fases. ¿Qué esconderá la plenitud de su luz? Sombras, sombras sin consolación.

Su mundo de enfermo estaba hecho; en él se había acomodado; en el dolor había reposo. Todo era conocido, de perfiles limpios y exactos como las figuras que diseña la luna. ¿Y ahora? Lo nuevo, lo descomunal e indómito: vida pujante, salud, lucha... La gran alegría sin contornos ni contrastes. ¿Puede haber algo sin su negación? ¿No desaparece aquello que no es detenido y encauzado por su contrario, como la mar por los acantilados? Sin bordes, el lago se expande, huye de sí, desaparece. ¿Qué hacer con ese océano de alegría pura, sin playas ni escollos?

—Vamos, Flora —dijo Antonio—, el sol está muy fuerte para mí.

*
* *

Hacía dos años que eran novios. Se encontraron un día primaveral, en una calle angosta, llena de lodo y de casas. El iba meditando, examinando los adoquines; ella —en cambio— erguida, buscando entre los tejados un campo de azur en que reposar la mirada. Y tropezaron.

—Perdón, señorita, soy un pobre diablo que no sabe ni caminar por las veredas.

—Discúlpeme, soy tan tonta que no veo por donde ando.

Pero comprendieron que era mentira. El se quitó el sombrero e informó:

—Me llamo Antonio.

—Mi nombre es Flora.

—Esto nos pasa por no salir al campo cuando nada la primavera por los aires. Tienen sabor tan dulce las hierbas mozas que crecen al borde del camino.

—¡Qué suave es el olor del heno fresco! ¿Gusta usted de él?
Y en tal coloquio transpusieron el umbral de la ciudad.

Tres meses después habían decidido unir sus nombres para siempre. Pasó el otoño y el invierno: las nubes pintadas de alquitrán, la lluvia fina y picante —epigramática—, los días uniformemente pesados como gotas de modorra derretida. Llegó por segunda vez —para ellos— la primavera. ¡Cómo evocaron las primeras confidencias, las trémulas palabras de amor, las insinuaciones misteriosas! Revivieron —en el recuerdo hecho presente— la callejuela sucia, el campo y sus flores libres, el sabor de los tallos verdes y la caída abrupta de la tarde. Como fantasmas amables surgían aquellas horas de descubrimiento, de pregunta y réplica, de encanto.

Pero lo inesperado volvió la página del libro de la vida: en vez de “amor e ilusión” estaba escrito al margen “dolor y angustia”, y el texto recién descubierto contaba con letras escarlatas una historia pálida de desgano, fuego en el pecho y transparencia en los rasgos de la cara.

Cual nuevo Prometeo fue Antonio encadenado a un lecho más albo y duro que el mármol, en esa habitación traspasada de luz como una columnata. Y diariamente el ave mitológica le arrancaba un trozo (ya podrido) de su carne. Pero él luchó con denuedo, juntó sus fuerzas (las ya gastadas y las innúmeras venideras) y opuso a la marea una isla de corales, hecha de vida, y por ello, más potente y majestuosa que todos los elementos.

Un año de zozobra, de meditación. Durante él, cuando las noches interminables detenían el tiempo, cuando el dolor vago borra-
ba las diferencias entre el pensar y el sentir, pudo Antonio sumergirse en su propia alma y buscar la chispa que enciende el castillo de fuego multicolor en que se consume la existencia.

*

* *

Los hombres suelen morar en la periferia de sus vidas como en la superficie de la Tierra; allí realizan sus trabajos y gozan sus placeres, se mueven, actúan, reposan, acaban; creen resolver sus problemas, aclarar incógnitas y comprender el sentido de cada cosa y de cada evento. Para ellos la Tierra es plana —y también la vida. Mas, en verdad, no saben nada de todo esto; vegetan contentos y confiados en la ilusión óptica, y se dan por satisfechos al ser informados que dos elefantes soportan el disco del mundo.

Para entender la vida hay sin embargo dos medios: una enorme dicha o un gran dolor. La primera eleva, destaca, lleva al cielo, y desde él se disfruta de una vista panorámica: ante los ojos del alma se mueve la Tierra —como la rueda de la Fortuna—, los hombres pequeñitos corren tras minúsculos objetivos; los acontecimientos son previsibles y los fracasos evidentes. La felicidad —la verdadera y plena— coloca por encima de la vida, descubre su estructura y gama, y confiere el raro sentido de las dimensiones justas.

El dolor, en cambio, es hecho de otra madera metafísica: el dolor es senda, camino que lleva —como los socavones— a las entrañas de la Tierra; tortuoso, escarpado, oscuro. Por él se entra a la existencia misma; sus asperezas son buscadas para ser vencidas al sufrirlas, sus abismos superados al ahogarse en su bostezo. El dolor hace ver las cosas desde dentro, del lado en que no tienen cara sino muecas vacías. Y cuanto más se ahonda en la pena, tanto mejor se conocen los presupuestos y andamiajes que sostienen la bóveda del mundo.

El horizonte interno se amplía con la profundidad —con la fuerza meditada del dolor—; cada vez nuevos momentos descubren su clave, viejas ecuaciones (duras como diamantes) se resuelven en nítido cristal. Al llegar al centro de la esfera todo el ámbito de la vida se despeja: en ese punto se halla la respuesta única e infinita-

mente múltiple. Al foco está referida la superficie entera; los pasos secretos, las trabas, las cadenas, los ríos subterráneos, son visibles desde allí; todo gravita sobre él.

Pasiones, luchas, placeres, grandezas, miserias, desprecios, honras, caudales, cada fenómeno en sí y su suma y compendio, el todo y la nada, muestran su sentido en ese lugar geométrico de la existencia, ahí donde la llama de la vida es también la sombra de la muerte.

A este punto sólo lleva el pesar —desfiladero del espíritu que arrastra hacia abajo, estado de ánimo que encapota el cielo y obliga a volver los ojos hacia dentro. La inteligencia pura, el frío pensar, son incapaces de encerrar en un concepto la cifra imponderable del ser humano. La vida rebasa la estructura lógica; es como el color, que no puede ser explicado al ciego, sino tiene que verse. Únicamente el que entra —en carne y hueso— en las vísceras de la Tierra capta la veta y descifra su enigma; sólo él comprende el calor y es quemado por el fuego que soporta la costra neutra y convencionalmente demarcada por los agrimensores sociales.

El sentido de la vida se descubre al que afronta su peso, al que sabe avaluar la tremenda responsabilidad de la participación en el secreto.

Y el Secreto fue evidente para Antonio; brotó como una flor de su semilla, regada por las lágrimas; nació burbuja de jabón —asombro de los niños—. Ahora es llave.

*

* *

La convalecencia significa remontarse a la superficie, a la realidad cotidiana —del ir y venir—, el retorno al reino del capricho, inestable e imprevisible como el desierto de arena peinado por el viento. Pero quien conoce la piedra que soporta la dunas vuelve con el alma transformada: ha echado raíces de hierro en el subsuelo;

trae una nueva medida, ya no calcula en codos o palmos ni en tiros de ballesta.

Al día siguiente, preguntó Flora, tomando la mano de Antonio entre las suyas:

—¿Tienes nostalgia de los meses pasados, cuando te traía flores y escuchabas la lectura de mi diario?

—¿Quién no se acostumbra a la soledad íntima? Ella es un prisma que descubre el verdadero color de las cosas, separa planos al parecer idénticos, pero que son como el nácar: irisados de tonos que reflejan profundidades diversas. La soledad frente a *eso* (no importa estar exteriormente en el torbellino) abre el código de los siete sellos, y su escritura esotérica se hace diáfana como el llanto de las aves.

—¿Qué es *eso*?

—Flora: está en ti y en mí, en todas partes y en ninguna, siempre vigilante, nunca comprensible por entero. Temido con espanto... pero hay que dominarlo...

—¿Es acaso la muerte?

—Sí y no. Es quizá la vida. Saber que todos los ríos corren hacia el mar, percibirlo en sí mismo, sentirse arrastrado: pero es lo natural, así tiene que ser, y sin embargo es un fantasma invisible.

¡Mírame! Hay que hacerse amigo de *eso*, por la fuerza, por la derrota y entrega. Termina cuando viene la muerte (ella es su cumbre); por esto te dije que era la vida, nada escapa a su ámbito: tú, mi mano, esa silla, el dolor, el día de mañana, todo... Y, no obstante, tiene las facciones de la muerte. Interroga a los espejos: no verás la cara risueña de la existencia sino la mascarilla de *eso*.

—¿Sueñas con tan horrible visión?

—¡Oh, no! ¡Jamás! Es la realidad más palpable, el momento en que se igualan ser y no ser para el hombre de este mundo.

—¿Cómo has podido naufragar en el océano del desamparo? Yo siempre estuve contigo, en mi barquilla ingenua.

—Es cierto: fuiste mi ángel bueno. Pero se trata de otra soledad; cuando nada ni nadie puede ayudarte, cuando el dolor devora

todos los horizontes y no hay otro recurso que la resignación, entonces, Flora, estás sola —sola dentro de ti.

—Te comprendo, Antonio.

—De esa soledad me hice amigo y confidente; me habitué a la amargura de la dolencia, pues en ella aprendí a estimar las pequeñas bonanzas.

—¿Crees tú que las felicidades diminutas compensan la tragedia?

—Sólo los pequeños placeres endulzan, Flora, los grandes dolores.

Ella bajó los ojos; después dijo:

—Llegó el tiempo de la alegría, las angustias serán pequeñas.

(—Espinass que no remueven, sino que meramente rasguñan —pensó él, y se mordió los labios).

*

* *

—Dices, Flora, que no comprendes mi estado de ánimo. Y sin embargo es profundamente humano: es propio del hombre el saber —y la más alta ciencia está envuelta en misterio. En él se vislumbra lo que no puede soportar la retina, aquello que en la forma clara y exacta se desvanecería, como la nieve en la hoguera. Y este misterio íntimo de la vida no es sapiencia descarnada y teórica, es una situación real, un círculo nuevo de inédito diámetro, un reino propio — como el que tienen los gnomos— lleno de virtualidades y lisonjas... Y a pesar de todo ello es terrible: cada cual trata de huir de sus fronteras: es un imán pavoroso. La tensión es constante entre el miedo y el anhelo. Los que han penetrado en él vencen su sortilegio dominando la flaqueza de sus almas; entonces se convierte en la comarca más bella, en un jardín de ilusiones. Lo trágico se hace extrañamente seductor; la dolencia es el tapete sobre el cual se bordean las flores, y todo el cuadro es amargo como la hiel, pero el paladar ya no gusta de confites y manjares.

No llares melancolía a la superación, ni aventura a la consciente responsabilidad del naufragio.

El hombre vive para morir —es una verdad que pesa sobre sus espaldas débiles, y por eso se empeña en olvidarla. La esconde en los sepulcros. Al fin, son existencia y muerte dos etapas de la misma jornada, y en lo profundo se identifican. La tumba será siempre el sentido de la cuna y nunca su negación.

Quien sabe esto y vive plenamente tal ciencia ha llegado al centro de la esfera y se halla por encima de las contingencias diarias. En la barca de la pesadumbre se surcan los mares profundos y desde ella se divisan las nubes risueñas, los negros augurios de la lluvia y el granizo certero como lo que en realidad son: pasajeras ocurrencias del viaje. Nadie se ilusiona ni apena con ellas. Las alegrías se gozan más cuando se saben que son momentáneas, pasajeras, regalos del cielo. (¡Ay de aquellos que construyen sobre cualquier indicio bueno —sonrisa del destino— todo un palacio de barajas! No disfrutan del obsequio bondadoso: lo desvirtúan).

¿Cómo quieres pues, Flora, que vuelva gustoso al mediodía cuando conozco la noche de la realidad humana? El sol miente colores, incita a esperanzas vanas, hace que los ojos se aparten del alma y vaguen por el mapa de la incertidumbre. No te fíes de la dicha desbordante: después queda vacía la copa.

Antonio prosiguió:

—Pero en algo tienes razón. La vida bulle entre mis dedos: siempre nueva, con mayor ahinco, como una llamada alegre a jugar con las olas del mar cariñoso, cual alondra que alza el vuelo y deja un surco invisible. Frenesí y locura: mohín protector que destruye las arrugas del rostro.

¿Quién puede resistirse cuando ella viene, llama, convence y embruja?

Se sabe que —en verdad— no es la vida sino su parodia, que convierte el llanto en risa, la nostalgia en tenencia, el olvido en recuerdo.

No te fíes de lo que se llama vida; es un espejismo —o un arco iris— nacido del desierto o de la tormenta al conjuro falaz del sol brillante y potente como la soberbia de Satán. No es la vida; es su nombre y su fantasma. ¡La vida! la conocí yo y tiene una faz muy diferente. Y sin embargo...

*
* *

Antonio escribió una carta a su amada; en uno de sus párrafos decía:

“Dios hizo la existencia, y la halló buena. Construyó la caverna de la muerte y en ella por tres noches cobijó a su Hijo. Encendió el fuego de la alegría y permitió la embriaguez de los patriarcas. Sus manos y sus pies fueron sumergidos en dolor, y llanto brotó de sus heridas. Es el misterio a que todo confluye, en que los enigmas se despejan y cambian de nombre. Desde lo hondo y la noche de los tiempos todo lo envuelve y sustenta, y cual hermano nos visita en la alcoba tras la humanidad del Mesías. Ya sé la fórmula de *eso*, aquella que lo mide y explica. Es un binomio: Resignación y Esperanza. ¿Qué signo lleva? El único posible para la dicha y el dolor humanos, para nostalgia del infinito y el hambre de lo eterno”.